

TEMA 3

EL MENSAJE DEL EVANGELIO SEGÚN SAN LUCAS (3)

Mons. Ángel Antonio Recinos Lemus (*Para uso interno de la Diócesis de Zacapa*)

2. Pobreza - Riqueza (*continuación*)

El discípulo, siguiendo el ejemplo de Jesús, es aquel que “se niega a sí mismo”, que “toma su cruz cada día”, que “pierde su propia vida” (Lc 9,23-24; 14,27), que se hace “el más pequeño de todos” (9,48), que escoge la “puerta estrecha” (13,24), que “renuncia a todos sus bienes” (14,33), que “vende todo lo que tiene y se lo da a los pobres” (18,22) y que tiene conciencia de que nada “le vale al hombre ganar el mundo entero si se pierde o se destruye a sí mismo” (9,25). La comunidad de los discípulos de Jesús tiene como ideal el comportamiento de la comunidad primitiva de Jerusalén, que Lucas describe en los Hechos, contemplándola en el entusiasmo del Espíritu y en la tensión de la caridad y el compartir que sólo el evangelio acogido y vivido es capaz de suscitar: “**Lo tenían todo en común**” (Hch 2,44), “vendían las posesiones...” (Hch 2,45), “**tenían un solo corazón y una sola alma**” (Hch 4,32), “**no había entre ellos indigentes**” (Hch 4,34).

3. MISERICORDIA

La **misericordia**, o sea, el amor y la bondad de Jesús con los pecadores y marginados, los pobres y excluidos, es otro tema particularmente entrañable para el evangelista Lucas. Como había declarado en el discurso programático de Nazaret (4,14-27), Jesús no falló nunca en su misión, que él mismo define como haber “*venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido*” (Lc 19,10), y que le valió el título irónico de “amigo de los publicanos y de los pecadores” (Lc 7,34) por parte de sus adversarios.

Las “**parábolas de la misericordia**” contenidas en el capítulo 15, la parábola del **buen samaritano** (10,30-37), la salvación ofrecida a **Zaqueo** (19,1-10) y la misma invitación de Jesús a ser “misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (6,36, que modifica el texto de Mt 5,48, invitando a ser “perfectos”) atestiguan la constante atención de Jesús por todos aquellos que su ambiente consideraba como “perdidos”. En esta actitud de Jesús debieron ver sus contemporáneos el comportamiento mismo de Dios, que se preocupa siempre del hombre, su criatura, a **la que “ama” siempre** (ver Lc 2,14).

La salvación está en volver a los brazos de Dios, reconocido como Padre (Lc 15,11-32). Este hombre, al que Dios ha tenido entre sus dedos y sus manos creadoras (cf Sal 8), no puede

considerarse “perdido”, no puede menos de “volver a su Padre” (cf Lc 15,18). En el evangelio, el verbo “**perder**” no indica la pérdida de la existencia física o el extravío de algo que aprecia el hombre (cf Lc 15,4.8). Significa más bien la muerte escatológica, la condenación y la perdición de todo el hombre, el ser arrebatado de las manos de Dios (cf Jn 10,29). Con su insistencia en la **misericordia** (expresada por el verbo *splanjnízomai*, que remite al sentimiento materno), el evangelista Lucas presenta a Jesús en la actitud de salvar al hombre de este riesgo trágico. Por eso en el evangelio están aquellos que acogen con “gozo”, “deprisa”, “enseguida”, “hoy mismo”, este interés de Jesús: son **María, Zaqueo, los pastores, los apóstoles, los pecadores, los marginados**.

Pero también están aquellos que “**murmuran**”. En este verbo griego, que en el tercer evangelio es típico de los fariseos y de los escribas (5,30; 15,2) y de todos aquellos que en cualquier tiempo se oponen a Jesús (Lc 19,7: “**Al ver esto, todos murmuraban**”), se encierra el rechazo del interés amoroso de Dios que, en Jesús de Nazaret, se hace humano como nosotros y ama al hombre pecador, haciéndose su “samaritano”. Es el verbo que utilizaba ya la tradición bíblica para indicar la oposición de Israel a Dios en el desierto (Ex 15,24; 16,2.8; Sal 78,19) y a su solicitud, una oposición áspera y obstinada (Ex 17,7), que los contemporáneos de Jesús repiten frente a él, el cual ama a los pecadores y va en busca del que está perdido y enfermo (cf Lc 5,31).

En su actitud de misericordia, Dios y Jesús son más fuertes que la crítica y la “murmuración” del hombre; las últimas palabras de Jesús en la cruz son igualmente una oración y un pensamiento de amor y de perdón por el hombre de todos los tiempos: “**Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen**” (Lc 23,34).

4. UN CAMINO ANIMADO POR EL ESPÍRITU

El Espíritu es “la promesa del Padre” y, por tanto, un don prometido y enviado por el Padre, el protagonista del camino. Su tarea es doble: ungir y capacitar a los profetas, que han de recorrer el camino, y dirigir y confirmar este camino.

Unge a los profetas, que han de recorrer el camino, convirtiéndolo en profético. **David** habló inspirado por el Espíritu (Hch 4,25); **Juan Bautista**, prototipo del tiempo de la promesa, fue lleno del Espíritu y capacitado para actualizar el profetismo de Elías; **María** recibe el Espíritu, que la convierte en virgen-madre; **Isabel, Zacarías y Simeón** profetizan inspirados por el Espíritu. De manera especial **el camino de Jesús** fue profético. Jesús cumplió las condiciones del profeta: ungido por el Espíritu de Dios, oye la Palabra de Dios y es enviado por él; es así el profeta escatológico prometido.

